

RECREANDO

Susana Persello de Marconetti



Índice

| | |
|------------------------------------|----|
| Prólogo..... | 2 |
| Recreo, nuestra pequeña comarca... | 3 |
| Límites | 4 |
| Camino a recreo..... | 5 |
| La búsqueda del tesoro..... | 11 |
| Pino y laurel | 19 |
| Marcelo Voló | 21 |
| Lo que quiero | 25 |
| Del tomate | 29 |
| El viaje | 33 |

Recreando

Recreo, nuestra pequeña comarca

*“Debemos formarnos conciencia del mundo y trabajar en dirección de ella, pero nunca trabajaremos más para el mundo, que cuando pugnemos por asegurar la autenticidad de nuestra pequeña comarca...Al principio era la comarca, el mundo vino por añadidura” **

**“La Comarca y el Mundo”* Eduardo J. Courture. Montevideo 1953. Biblioteca Alfar

Prólogo

La intención que encierran estas páginas es simplemente asegurar la autenticidad de nuestra pequeña comarca. A través del relato de hechos reales o mágicos, la descripción de escenas cotidianas, la comunicación de vivencias propias o ajenas relacionadas con nuestro lugar y nuestra gente, estaremos conociéndonos más y afirmando nuestra identidad cultural. Con la presencia de lo sensible del hombre y poniendo de relieve valores fundamentales para su vida social e individual, estaremos rescatando para preservarlo antes de que se pierda sofocado por la cultura de la globalización imperante en estos tiempos.

Pero Recreando es un libro incompleto, con una mirada parcial y subjetiva, que es la de quien escribe. Pero cada persona que lolea podrá agregarle su propia visión, sus conocimientos e historias referidas u otras quizás mucho más interesantes que lo que aquí se expresa. El objetivo estará logrado cuando el

lector se convierta en autor de nuevas páginas, aunque sean orales, y compartirlas con alguien que a su vez pueda agregar otras. Hasta podríamos decir que estará naciendo un Recreando II de creación colectiva.

Límites

Reconocer los límites del territorio interior es reconocerse. Son flexibles, franqueables, relativos. Se dice que quien conoce sus límites se conoce. Pero a las personas nos completan, perfilan, modelan, nos dan sustancia otros límites. Son los físicos o geográficos que demarcan la superficie en la cual nos desenvolvemos habitualmente con sentido de pertenencia. Los de menor radio porque, lógicamente nos referimos a los de la comarca, a los de la región. Estos límites están establecidos y acordados por las partes lindantes, hay una cartografía que avala su inamovilidad. Si alguna línea se escapa en los mapas un milímetro, ya sabemos, existen innumerables testimonios de las consecuencias desde que se escribe la historia. Dentro de ellos está el lugar donde vivimos, nuestro lugar en el mundo. Está la gente que vemos diariamente, los perfiles familiares de las edificaciones, el horizonte de cada mañana y cada atardecer, las sombras aprendidas de memoria según la época del año los ruidos conocidos, los silencios de las madrugadas de invierno y las siestas del verano.

Quienes vivimos en un lugar desde hace mucho tiempo, lo incorporamos a nuestro ser de tal manera que tenemos un sentido más. Ese que nos permite reconocer cuando sin saberlo por la cartografía, nos hemos alejado de lo nuestro, y sentimos que estamos en territorio ajeno.

Nos ciñen la ciudad capital por el sur, un río salado en sinuoso recorrido por el oeste, colonias y pueblos parecidos hacia el norte y el este. Pero no son sólo estas líneas de superficie las que nos circunscriben, también las capas más profundas del suelo que pisamos y la forma que proyectamos hacia el cielo infinito.

Recreémos de la aldea, del pueblo y de la ciudad. Los del vejo andén y del nuevo andar.

Camino a Recreo

Paso ocre

La vieja arboleda que está a la vera del camino es hermosa, pero en otoño cuando se tiñe de dorado tiene una belleza impactante. El sol del estío se ha quedado en sus hojas y resplandece para ofrecerlo. Él pasa, pero de pronto se detiene seducido por el cuadro. Ve gigantescas lámparas de ámbar y un vaivén de caireles, muchos se han desprendido y continúan su juego en el piso, en una mullida hojarasca marrón. Es la hora en que la luz de un corto día declina y el horizonte dorado añade un toque armónico. Sumido en el ensueño no sabe si va o viene, si terminó o debe empezar algo. Ignora la edificación de las proximidades, la rigidez de la pasarela sobre la ruta, el tránsito vertiginoso de asfalto. Sólo existen árboles, cielo, sol, brisa y movimiento jugando en su imaginación. Ha perdido la noción del tiempo y del espacio. En ese instante ocre, con su mirada profunda colgada de las ramas de los robles del viejo Asilo,

del viejo Liceo. Logra beber la sabia simple y vivificante de la naturaleza, en un rincón entrañable de su querido Recreo, al costado de la ruta, camino a su casa.

Caminante I

Anda por la ruta. No por la banquina, camina sobre el asfalto como para que los vehículos lo esquiven. No se sabe de dónde vino, ni su nombre. Todos le dicen el chueco, porque verdaderamente es chueco y rengo, aunque al parecer eso no le representa un obstáculo. Lleva dos baldes de lata, uno en cada mano, cargados con huevos rotos que le dan en los gallineros. Su aspecto puede inspirar miedo, lástima, a veces risa, pero seguramente no pasa desapercibido. Se supone que vive en la vía, aunque a veces cambia de domicilio y se guarece en algún horno de ladrillos o en alguna quinta. Todos lo conocen por la zona. Hay quienes lo echan, quienes le dan una changa, quienes le dan dinero, pero su debilidad es la carne cocida. Las pocas veces que pide, quiere carne cocida. No ofende ni agrade, puede atemorizar al que lo ve por primera vez. Para los que vivimos por estos lugares, es una imagen familiar. El chueco es el enigmático ser que deambula por cualquier lugar del mundo, llamándose jorobado, loco o como sea, pero que compensa sus defectos cumpliendo un sueño natural que esconde todo hombre: vivir sin condicionamientos ni ataduras. Por él se fuga esa necesidad de todos.

Caminante I

Va por el costado de la ruta apurado y pensativo. Tiene un traje de lana raído

que siempre lleva puesto sin importarle la estación del año. Le cruza el pecho una alforja de tela, llena de quién sabe qué cosas. Tiene un sombrero apuntado de fieltro, muy viejo, hundido hasta la media frente, desde allí se le abre una melena bohemia, larga y amarillenta. Va fumando una pipa exótica. No se sabe nada más cierto de él, que lo que él mismo dice: es un pensador que explora el mundo y reflexiona, ha encontrado la verdad andando caminos. Será por esa razón que suele desaparecer por un tiempo. En esa marcha apurada estarán las aseveraciones filosóficas que después expondrá en alguna charla de almacén o en una estación de servicio, mientras es convidado a comer.

Ese extraño de barba que habla sobre la vida y su sentido, no está atado a nada ni a nadie, va decidido hacia un lado y con la misma seguridad al instante gira y marcha hacia el lado contrario, o se sienta en una alcantarilla, o se duerme en el terraplén de la vía. Alguien lo ve desde la ventanilla del colectivo en cada uno de sus viajes hacia la escuela, alguien que va y vuelve a la misma hora, todas las mañanas, a hacer las mismas cosas.... Alguien lo envidia...

Desarraigo

Es una mañana de diciembre, el calor ya se hace sentir aun siendo muy temprano. A la parada llegó ella, no es la primera vez que la veo, trae a su hijo atado con una manta de lana a la espalda tal como la llevaría en su tierra, allá en el altiplano boliviano. Abrigados los dos como si estuvieran sintiendo el rigor del clima en las alturas de la Región de la Sierra. Para llegar hasta la ruta debió caminar unos cuantos kilómetros desde la quinta donde trabaja, aunque no

tiene rastros de cansancio. Me llama la atención la trenza renegrida y brillante que le cae al costado de la cabeza y le llega hasta la cintura, también su ropa colorida. La saludo, le pregunto algo sobre el hijo, desde su sonrisa me muestra un diente de oro. Los ojos rasgados, los pómulos altos, la piel oscura, hablan de la raza aymará. Siento una profunda pena porque su figura y este lugar no concuerdan, quisiera creer que es un error del mapa. Seguramente ha venido desde su tierra para estar mejor, sólo ella sabrá si es así. Se acerca el ómnibus que vamos a tomar, todos los que pasan la miran, espero que no se dé cuenta, puede dolerle y ya tendrá suficiente con disimular el dolor del desarraigo.

Rosa virtuosa

La toca gris vuela, la bicicleta también, las piernas que pedalean casi no se ven, el hábito acostumbrado al remolino ya sabe que no tiene que meterse en la cadena. Siempre hay una urgencia, una necesidad que cubrir. Si no, igualmente debe andar por si necesitan al menos su presencia. Va por la banquina, por el asfalto, por el costado de la vía, hace maniobras arriesgadas, le tocan bocina. Sabe quién, qué dónde, entonces sigue, nada ni nadie la detiene. La he visto manejar con una sola mano, mientras con la otra pasaba las cuentas del rosario. Su último amén de cada día lo dice en la Capilla San Lázaro, en el Hospital Protomédico, junto a otras hermanas.

Ella se ocupa de esas cosas que nosotros no podemos ocuparnos porque 'nos pasamos la vida ocupados en cosas importantes.'

Fidelidad

Llegan juntos a la parada como todos los días. El hombre lleva un bolso colgado al hombro con su mameluco y la vianda. Prepara el bono para pagar el viaje a su trabajo, después acaricia la cabeza del perro que no deja de mirarlo. Cuando sube al colectivo, unos tímidos ladridos lo despiden. El animal se echa, agachando las orejas y estirando la mirada hacia donde se fuera su dueño. Queda solo.

El brillo azabache de la pelambre y la dulzura de sus ojos atraen a la señora que hace las compras, entonces saca de su bolso un hueso y lo llama para que la siga, pero no lo consigue. Las bocinas de los autos no lo alteran, no intenta cruzarse.

Un vecino nuevo que lo observa desde la casa, decide ir a socorrerlo porque lo cree enfermo, pero vuelve sobre sus pasos al verlo bien, aunque sin comprender.

Pasa un grupo de perros vagabundos, lo huelen, le dan vueltas alrededor, lo provocan, lo invitan, para cualquiera una gran tentación, para él nada. Cuando ya nadie lo molesta se levanta, da una vuelta sobre sí mismo, vuelve a echarse una y otra vez. Hasta que de pronto se para firme, alza las orejas puntudas, levanta la cola y la mueve, jadea y ladra dos o tres veces. El colectivo para y vuelve a arrancar. Ve a su dueño cruzar la calle. Se saludan como siempre, el hombre le da una galletita que saca del bolso y también come una. Se van juntos por el camino de las quintas, para volver mañana.

Pesca

Llegó a su casa cansado, agobiado por una situación que no es momentánea, ni pasajera, tiene una historia de vaivenes en la que siempre fue el ajuste y ya no sabe si sus problemas son solamente económicos. Los límites se confunden y no vislumbra un futuro mejor. Antes pensaba 'ya pasará, ya vendrán otros tiempos', ahora está seguro de que su tiempo pasa de una sola manera. Está resignado, su vida es así. Pero en la ida y vuelta de todos los días de la semana, espera justamente éste, el último para cumplir con el rito.

Al llegar a la casa, está un rato con su familia y duerme una breve siesta. Después, con tranquilidad prepara el bolso, se coloca una gorra, se acomoda la caña al hombro y sale en su bicicleta.

Toma hacia el oeste, con el sol bastante alto todavía, pedalea lento, tanto que a veces tiene que apoyar los pies, mira con tranquilidad a los costados, se cruza con la mirada desorbitada de unas vacas y se ríe con el trotecito de los terneros. La tierra se ve cada vez más clara, seca y salitrosa, no resiste la tentación de ponerse un puñado en la boca, lo hace siempre.

Lo atrae el monte, aunque ralo, de chañares y algarrobillos, con el ir y venir constante de torcazas y loros. En un poste, a un costado del zanjón, un caracolero serio y concentrado fija la vista en el agua. A la derecha, bastante lejos del alambrado, cientos de gaviotines blancos florecieron en un árbol y bastó que uno volara hacia un charco para que la bandada saliera a la vez, diera un rodeo y al momento volviera a coronar las ramas. Valió la pena frenar la pedaleada. Cada tanto acomoda el bolso enganchado en el manubrio y cambia

de hombro la caña de pescar. Sus ojos no buscan vistas más lejanas porque alcanzarían a ver el puente transitado, las plantas de silos o las chimeneas de las fábricas, y no quiere contaminar su mirada, que ahora se prende a un arbusto seco en el que se posó una docena de cardenales.

Sin impacientarse hace con esfuerzo los últimos metros cercanos al río. El camino está poceado y hay partes que debe hacer a pie, pero está contento con romper la barrera de las cosas hechas, calculadas y contadas. Llega a la orilla, la barranca lo espera, baja por el paso que sólo él usa. Está bien cerca del agua, se descalza y hunde las piernas hasta la altura donde se había arremangado los pantalones. Se sienta, ve correr los cuises, apoya la cabeza entre cuevas de tortugas, de pronto se encuentra con los ojos de la tierra que desde adentro lo miran y le sonríen. El río que parece recién llegado después de esa curva, le acerca toda el agua salada, sólo desea mirar y respirar hondo. El sol le da a pleno en la cara, no quiere cerrar los ojos a pesar de que el resplandor es muy fuerte. Está extasiado. Cuando reacciona, toma la caña y lanza el hilo... sin anzuelo y sin carnada...Después de todo lo que él quiere pescar son esos instantes en ese lugar, para guardarlos en su bolso y sobrevivir los restantes días de la semana, cuando lo absorba la rutina. Se queda así hasta que el revuelo de los negruchos le indican la hora de volver.

La búsqueda del tesoro

29 de septiembre. Fiesta del pueblo. Lo más esperado por los chicos es la Búsqueda del Tesoro que empezará como todos los años alrededor de las

cuatro de la tarde. Según los organizadores esta vez será todo un desafío. Todos tendrán las mismas posibilidades pues, aunque en distintos lugares, encontrarían claves iguales. El premio se anunciaba como sorpresa. Participaban alumnos de las escuelas, previa inscripción y los grupos debían ser de dos y hasta cuatro compañeros de curso. Una multitud de bicicletas se congregó en la plaza. A la hora prevista se largó.

Laura y Pablo salieron juntos y enseguida encontraron la primera pista: un sobre amarillento que llamaba la atención por estar atado a una columna del Paseo del Centenario casi al ras del suelo y que los demás en el apuro lo habían pisado. Lo abrieron ansiosos y encontraron un mensaje muy extraño: 'M1: 1890.30.4. Continuar. Estación.1888' Evidentemente eran fechas y fechas claves que ellos recordaban, la primera es la que se da como fundación del pueblo y la segunda es la de la inauguración de la estación ferroviaria, por eso descartaron la estación de servicio. Había que ir allá, es decir lo que queda de la estación de trenes.

Las bicicletas zumbaban y los llevaban como el viento. Habían perdido de vista a los demás competidores, no podían distraerse e interesarse por donde andaban. Se sentían seguros porque el primer mensaje había sido claro y si el juego era ese, de fechas y lugares, tenían posibilidades, los dos conocían bastante.

Cruzaron la ruta con cuidado, pero una vez que lo hicieron la velocidad de los pedales, la velocidad de los pedales superaba a la de las piernas, las bicicletas iban solas. Llegaron dando una frenada ruidosa y arriesgada. De las paredes y techos en ruinas, poco podía esperarse, no hay rincones especiales como para

buscar un mensaje, pero en alguna parte debía estar. Hurgaron en los huecos, entre los yuyos altos, en las columnas. De pronto Pablo levantó la mirada hacia el alero, vio que en el festón de madera agrietada de la galería colgaba un pedacito de cinta roja, llamó a Laura y descubrieron un rollito de papel atado con esa cinta. Pablo trepó como pudo y lo bajó. Nuevamente el corazón les palpitaba a los dos, como galopes de caballo, mientras lo abrían. Y otra clave: 'M2: Escuela. Viejo Almacén'. Bueno, se confirmaba lo que sospechaban, el juego sigue la línea de la historia, donde está la escuela nueva fue un antiguo caserón en el que funcionaba un almacén de ramos generales, hasta tenía secciones de vías para que entraran los vagones a cargar y descargar mercaderías. Treparon raudamente a sus rodados y en minutos estaban en la escuela nueva. Pero en semejante edificio ¿dónde buscar? No fue sencillo, recorrieron los alrededores, los patios, insólitos lugares, innumerables papeles con posibles mensajes, pero nada. Perdieron mucho tiempo en rodeos por la edificación. Se reunieron y conversaron. Llegaron a la conclusión de que si todo era coherente, el mensaje estaría en algún resto de pared de la antigua casona. Vieron que muy cerca de donde estaban parados y donde empezaba el cerco perimetral había un pedazo de un viejo tapial. Allí quedaron revisando. Hasta que apareció un pequeñísimo papel doblado entre una grampa y el pilar. Lo desdoblaron y leyeron: 'M3: lleva el nombre de uno de los fundadores y no es una calle. Letras'

-Fundadores...Sí, fundadores del pueblo. Uno es Ricardo Aldao, y es el nombre que lleva esta escuela. El otro es Ignacio Crespo, si no es una calle, es la escuela media. Obvio. ¿No te parece Pablo que en éste nos dieron una mano? Más fácil imposible. Nos mandaron a nuestra propia escuela

-¿Lo de letras?

-Vamos primero hasta allá y vemos. Lo que no hay que hacer es perder tiempo.

Una mirada diferente a la escuela que veían todos los días hasta el cansancio. En esta mirada recorrieron las líneas de su arquitectura moderna, apreciaron su extensión, las plantas las rejas, la forma de los techos...Así, callada y sola, la vieron, más linda, como nueva. ¿Y el mensaje... 'letras'?

-¡Pero claro!- dijo Pablo- las letras del nombre, arriba, las letras grandes. Laura, parate en mis manos que pongo como estribos, estirate todo lo que puedas y recorré las letras del nombre. En algún recoveco debe haber algo.

Así fue como tanteando porque con la vista no llegaba, Laura encontró un rollito de tela. Se bajó rápidamente y vieron que tenía la forma de un banderín

Con la identificación EEM266IC y allí mismo el mensaje siguiente: 'M4: M. Vera. Busto'. Cada vez más enigmáticos.

-A ver- comentaba Laura- pensando por donde viene el rumbo de los mensajes, no creo que éste nos mande a Monte Vera, será a la calle Mariano Vera. Un busto, ¿qué busto hay por ahí Pablo?, ¿No es la calle de tu abuela?

-¡Pero no!, ¿no te das cuenta de que sigue por las escuelas? Es la escuela Mariano Vera. Allí hay un busto.

Por supuesto que antes de terminar la frase de Pablo, ya estaban los dos cruzando otra vez las calles y llevándoselos el viento hasta la escuela primaria, la más antigua del pueblo. En el camino encontraron a otros participantes, pero los vieron como de paseo, no con la seguridad que iban ellos. Entraron al patio, frenaron tocando las ruedas en el pedestal del busto de Sarmiento. Se

diría que el ex presidente tembló en el impacto. Por primera vez prestaban atención a los rasgos de la imagen, y la examinaron minuciosamente porque algo tenía que aparecer. Pero el busto estaba ahí, más oscuro y serio que nunca. El tiempo transcurría. Estaban parados sin saber qué hacer, casi como para abandonar, cuando una piedra cayó cerca de los pies de Laura. Había sido arrojada desde una ventana del primer piso. Atado a un hilo un pedacito de cartulina azul: 'M5: templo. 1907. Alas'.

Sin ponerlo a consideración de su compañero, Laura le dijo que había que ir a la iglesia. Si bien hay otros templos en el pueblo, por el año que figuraba en el mensaje, era la Parroquia San Miguel. En minutos llegaron. Una de las hojas de la puerta estaba abierta. Entraron en silencio. Sus pisadas apenas se sentían. Pablo chocó un banco se y preguntó por qué los ruidos parecen tan fuertes en las iglesias vacías. Laura lo miró como para que la entendiera y se dirigió a la imagen de San Miguel. Llamaba la atención que detrás de una de sus alas asomara un ramo de flores. De la misma manera que lo hicieron en la escuela, Laura se estiró un logró alcanzarlo. Se destacaba perfectamente un pimpollo de papel blanco, pudo sacarlo. Ya en piso firme, entre los dos lo desarmaron ansiosos. 'M6: Paz. MCMXXXV'. Se miraron con un gesto de tremendo desconcierto, esto sí que era mezquino, incomprensible.

- ¿Por qué no pedir ayuda si el reglamento no lo prohíbe? – dijo Pablo

-Sí, a David Copperfield. Sólo un mago como él puede adivinar esto- contestó Laura, ella no quería dar el brazo a torcer.

-No. Paz: tiene que ver con algo más que la iglesia. Y esas letras, acordate que son números romanos, si no me equivoco es 1935. Dale, y pensá vos también pero hablá más despacio, acá adentro retumba todo!

Salieron con un paso ligero pero contenido, casi sin decirse palabras hasta que estuvieron en los escalones de la entrada.

-Con esta velocidad para resolver vamos a quedarnos acá hasta mañana. Subí que salimos volando a lo de mi abuela, ella es de la iglesia y de esas cosas sable-dijo Pablo que ya le había sacado unos metros en dirección a la ruta, para volver a cruzarla y llegar al barrio de su abuela. Ya estaba cayendo el sol.

La anciana regaba la quinta cuando sintió como una ráfaga seguida de un ruido inconfundible. La frenada de la bicicleta de su nieto junto a Laura y las palabras que la apabullaron. Cuando estuvo más tranquila y entendió lo que querían, les reveló el mensaje.

-Paz. MCMXXXV. Esos números romanos están en la fachada del cementerio, y recuerden que ahí se descansa en paz, por eso la palabra de la clave.

Los dos se miraron con los ojos grandes y la boca cerrada. Le agradecieron y salieron pedaleando despacio hacia el oeste, conversando sobre la posibilidad o no de ir hasta allá---que es bastante lejos...a esa hora...y a buscar qué... En fin era definitivamente el momento de abandonar. Ahora iban también ellos como de paseo por la calle de tierra paralela a la ruta, hasta que se encontraron con dos compañeros.

- ¡Ah, ustedes también abandonaron!! Ya no queda nadie.

- ¡No! ¡Ni locos, estamos en la mejor parte! - les contestó Laura parada sobre los pedales y acelerando al máximo la marcha. Pablo como atado por un hilo invisible, hizo lo mismo. Por avenida Mitre, vuelo directo al cementerio, cuando la claridad que había eran los últimos resplandores del sol, y ya la luna estaba asomando.

Pablo y Laura se movían apenas con pasos cortos, tomados de las manos que a los dos les transpiraban. El silencio era total, sólo se oía el aleteo de los pájaros nocturnos que iban y venían entre los pinos del boulevard. Os sobresaltó un grito indefinido, agudo que provenía a sus espaldas. Pablo se animó a darse vuelta y pudo ver contra el alambrado del campo de enfrente una vaca inmensa que los miraba con una tranquilidad pasmosa. Lo único que querían era un mensaje, las vacas no hablan ni escriben. Pero, ¿dónde buscarlo? ¿tendrían que entrar? Ya casi no se veía nada y las luces no se habían encendido. Por momentos soplaba una brisa que silbaba entre los árboles. Aumentaba el temblor de las piernas y el castañeteo de los dientes.

De repente unos golpecitos en el portón que sonaban desde adentro les hizo dar un alarido que repercutió hasta el saludo. Aunque paralizados por el susto vieron cómo por la hendidura inferior aparecía un trocito de madera terciada. La mano de Pablo ligera como un rayo lo levantó y al segundo salieron las bicicletas hacia el centro buscando alivio a tanto espanto y una luz de las que ya se empezaban a encender. Pararon, y después de reponerse y lograr normalizar la respiración, leyeron la maderita 'M7: 1888. Esquina'. Éste era fácil. Está a la vuelta de la casa de Laura, es la esquina más vieja del pueblo y se conserva casi como cuando fue construida, en 1888. Ese número está escrito sobre la puerta de la ochava, dicen que fue la casa del primer habitante

del pueblo. Como estaban muy cerca, a ese lugar llegaron enseguida. . Encontraron un sobre que estaba a la vista, colgado del picaporte de la vieja puerta. Lo abrieron, dibujado en un papel, un cofre con la inscripción 'TESORO', y el 'M8: conocer la historia de su pueblo es un tesoro que enriquece la vida del hombre. Acudir a la plaza para la última prueba. Estamos esperándolos'.

Llegaron entre aplausos, gritos y silbidos de la gran barra de la escuela. Los bajaron de las bicicletas para llevarlos en andas a un pequeño palco, había mucha gente y un clima de fiesta total. Según el reglamento debían concluir el juego con el desarrollo de los mensajes, como para que se verificara que los encontraron porque sabían qué era cada lugar y no por casualidad. Por supuesto que superaron airoosamente la última prueba. Y a gran expectativa era la revelación del premio.

A Pablo y a Laura les entregan un sobre a cada uno con una orden de compras de una casa de ropas. Estaban felicísimos. Pero eso no era todo. Apareció en el escenario una gran caja envuelta como para regalo que debían abrir ahí mismo. Reinó un silencio expectante. Con los nervios propios del momento rompieron el papel y sacaron un extraño objeto, se trataba de un ómnibus de cartón pintado de todos colores y un cartel sobre el parabrisas que decía EXCURSIONES. En la parte posterior un sobre que contenía una nota. Laura leyó para todos: 'M9: A los ganadores de la búsqueda del tesoro. Vale un viaje para todo el curso de la escuela la cual pertenecen. Destino a elegir dentro del país. Recreo, 29 de septiembre día de la fiesta patronal. Entre la ovación y los aplausos se perdieron las últimas palabras, pero no importaba si no las

escuchaban, ya estaban dentro de cada uno desde el mismo día que nació el pueblo.

Pino y Laurel

Más rápido, más arriba, tengo que llegar antes, es una carrera importantísima. La última vez perdí, ahora debo ganar, se trata de mi honor. Hay que llegar a la punta del pino, es el más alto del patio de la abuela, aquí en la casa de Recreo. Este es un desafío que hacemos al terminar el almuerzo de los domingos. Voy primero, pero siento que los dedos de Matías rozan mis zapatillas. Desde bajo llegan los gritos de mis primas, dos alientan a él y dos a mí, pero como siempre, no se entiende nada de lo que dicen porque tratándose de ellas, todo es alaridos y gritos histéricos.

Sos lindo pino, ancho, parejo, como pintado, pero cómplice silencioso y amigo confidente, que guardás nuestras escapadas y nuestras peleas, y en la cuarta hilera de bajo hacia arriba, el eje de un autito de mi hermano que yo escondí cuando tenía cinco años. Por la primera y segunda están los tarritos de las nenas, esos que usan para jugar a la casita, en la sexta está el osito gris que mi mamá había tirado a la basura y a mí me dio lástima entonces lo até acá. Él está feliz, siempre saludando. Si no me apuro estoy listo...sigo subiendo y sigo primero...Pero lo que más me gusta es ese olor que se siente al pisar tus hojas frescas, por eso insisto con mi pie, no es para herirte, es para sentirte...

Por un segundo puedo mirar para abajo, ya voy por la mitad; después de la cabeza de mi primo veo por suerte muy lejos, la mesita redonda de piedra que está casi tapada por las ramas de la primera hilera. Ya falta poco, siento el laurel, el árbol que está al lado, sé que en la punta se alcanzan.

Y sos lindo pino, viéndote de frente te destacás, te imponés, parecés pintado, tus ramas anchísimas abajo, con las puntas hacia arriba, se van haciendo más chicas hasta terminar en unas finas y delicadas hojitas que trataré de no tocar cuando llegue para no arruinarte...

Estoy por el nido de gorriones, no tiene los dos huevitos que vi hace unos días, seguramente ya son dos pichones que crecieron y volaron, ¡Es tan fácil crecer para ellos!... ¡El cielo!... ¡La ramita de la punta!... ¡El triunfo!... Alcanzo a asomar la cabeza, con los brazos en alto saludo a las gritonas, acaballado en un gajo... ¡Ay, qué pasó!... ¡Ramita linda te quebraste...y me estoy cayendo como de una escalera a una velocidad supersónica!... No puedo dominar los brazos ni las piernas... Mejor cierro con fuerza los ojos. Esto por lo duro debe ser el suelo. ¡Cómo me duele! Me animo a mirar alrededor, junto a mí continúan cayendo ramas, plumitas, tarritos...y el nido e gorriones que se acomodó en mi cabeza. Llegué primero arriba, pino guardá mi alegría, llegué primero abajo, pino guardá mi dolor.

La familia en pleno corre y se acerca para ver si todo está bien. Las cuatro gritonas se ríen y aplauden. Tren unas ramas del laurel vecino, y haciendo el bochinche acostumbrado, me coronan, mientras mis labios intentan una sonrisa canchera.

Marcelo Voló

Marcelo llegó a la plaza a la hora en que los otros chicos van a su casa. Eligió otro banco, no el de la noche anterior porque el árbol que está al lado llora mucho y sobresalta su sueño. Estiró el diario y se acostó con la cabeza apoyada en sus dos manos juntas. Estaba bien, había comido al mediodía en el comedor y a la noche, en lo de la señora que siempre le alcanza algo.

A todos les decía que después iba a su casa, pero mentira, no iba desde hacía varios días. Eran muchos allá y muy chicos, él era el mayor, tenía doce años y ya casi no se daban cuenta si no estaba; quizás cuando lo llamaran para ayudar en algo dijeran -debe haber ido a alguna quinta a juntar chauchas- , porque lo hizo otras veces, y así se quedaban tranquilos pensando que además tendría unos pesos. Pero no, esta vez estaba disfrutando del pueblo y de la gente. Se puso boca arriba, una leve brisa movía las hojas del cedro y le dejaba ver de a ratitos una estrella, a veces dos o tres, según el soplo del momento. Volvió a cambiar de posición, ahora contra el respaldo del banco; sentía su propio aliento tibio. Cerró los ojos aunque no quería dormirse. En realidad lo que le hubiera gustado es caminar alrededor de la plaza, cruzar la calle y llegar hasta los juegos, trepar una columna del teléfono, ir hasta el bar del club a escuchar las conversaciones de los muchachos, pero ya sabe que si lo ven lo llevan a la comisaría y después hasta la casa. También había dejado de ir a la escuela porque ya no soportaba que lo trataran como si fuera uno de sus hermanos más chicos, y no le interesaba nada de lo que le enseñaban.

Entonces escuchó a la maestra con su voz estirada y contenida...

-A ver Marcelo ¿resolviste el problema de porcentajjjje?

-Sí seño, pero no resolví el de tanto por ciento, resolví el de 'siento tanto... '

Por usted...digo, que es tan linda y buena y tiene que aguantar a éstos. Por mí ya no se preocupe.

Ante semejante ocurrencia, estallaron las risas de lo treinta y ocho alumnos de séptimo grado de la escuela nueva, pero fue el momento en que había decidido no ir al día siguiente y, quizás, nunca más.

Él también, ahora desde el banco de la plaza se reía hasta que una gota fría cayó sobre la frente. -Otro árbol llorón, no pego una en esta plaza-, pensó, pero volvió a acomodarse como al principio y cerró otra vez los ojos. Otra gota, otra y otra, una vuelta, otra y el diario que estaba abajo pasó a ser sábana de arriba, en algo lo protegía de la llovizna que había comenzado tranquila.

Cuando se le empezó a mojar la ropa, rápidamente revivió el día del partido en el patio de la escuela, entre el barro y la garúa.

-Marcelo vamos a jugar un partido con los de sexto; dale que le hacemos fácil cinco.

-A la pelota sí, pero no me vengan con la toca o la queda o esas pavadas.

Corría la canchita de un apunta a la otra, llegaba al arco contrario con gran velocidad, la cara se le mojaba porque la lluvia era cada vez más fuerte, un gol, después de ese otro y varios más. Los de sexto no pudieron hacer nada, pero sí se dieron varios revolcones en el barro.

-Lástima que llueve, si no les hubiéramos dado un baile más grande todavía.

-No importa, Marce, negro campeón, descalzo y todo hiciste como mil....

-Sí, pero se me mojó la ropa y me está dando frío.

-Chau negro, pero vení mañana, no vayás a dejar la escuela. Sos el que mejor pateaa... ¿A quién vamos a poner en tu lugar?... No dejés. Con el Pablo ya dijimos que te vamos a hacer la tarea.

-Chau, llueve y tengo frío. Me voy.

El diario empapado se empezaba a romper, y el cuerpo del mejor jugador del grado se endurecía de frío en el banco, mientras las luces de las casas se fueron apagando y sólo quedaban las de las calles. La plaza siempre en penumbras. Y por su cabeza, el recuerdo de la última vez que rezó, un día de lluvia en el comedor parroquial.

-Antes de comer hagamos la oración del día, dando gracias a Dios por los alimentos de esta mesa. Pedimos por las familias y por todos ustedes. Marcelo, todavía no..., empezamos después de rezar....

- Sí señora, pero llueve y estoy apurado para ir a la quinta...Del espíritu Santo. Amén.

El frío y la humedad ya estaban por los huesos, le daban puntadas en la espalda y se le acalambraron las piernas, con el agua de lluvia se le mezclaron las lágrimas.

Un aleteo pesado lo sobresaltó, él conocía el rumor de las alas de cualquier pájaro, pero el que acababa de oír era muy raro, la oscuridad le impedía ver, pero otro aleteo, seguido del movimiento de aire que provocó, lo asustó. Indudablemente era muy grande, y estaba ahí posándose junto a él...

-Vamos Marcelo, es hora de que vuelvas a tu casa.

Se incorporó en el banco, se tocó la ropa y estaba seca. De repente había parado de llover, todo estaba muy oscuro, sólo pudo ver un rostro luminoso que le sonreía con dulzura. Pronto se encontró navegando por el aire, bajo un lento movimiento de alas y esa voz suave que le hablaba...

-Los chicos tienen que estar en sus casas, sobre todo cuando llueve. ¿Sabés que tienen alas como los pájaros y los ángeles y si se les mojan no pueden volar? Deben estar bien formadas, con las plumas ordenadas y secas. Si vos querés seguir volando, tenés que saber cuáles son los riesgos, si no está todo en condiciones terminás con un porrazo en el suelo y, lo que es peor, con las alas quebradas.

-Yo no tengo alas.

- Te dije que es como si las tuvieras.-A mí me parece que te conozco, te veo siempre, pero no me puedo dar cuenta dónde. Che..., pero qué bien llevás por el aire, vos sí que tendrás horas de vuelo...¿Me vas a decir quién sos? Batman no, tiene alas de murciélago; Superman tampoco, tiene una capa roja; pero vos tenés alas con plumas de verdad.

-Te conozco muy bien y a la gente de tu pueblo también, porque soy su guardián. Ya llegamos. Hasta siempre. Aunque ahora te dejo, no me alejo nunca.

Y Marcelo despertó en su cama. Abrió los ojos. Era pleno día. Las chapas de su casa hacían el ruido de picoteo provocado por la dilatación. Se levantó sorprendido, no entendía lo que había pasado. Corrió la cortina de la puerta

que da a la cocina. Su madre le estaba dando la mamadera al más chico. Cuando lo vio empezó a retarlo por haberse ido de la casa y le hizo prometer que era la última vez que se iba, y no dejaba de preguntarle cómo había hecho para entrar durante la noche. Marcelo inventó que había llegado cuando paró de llover y para no despertarlos, tomó un alambre , desde la ventana alcanzó la llave que estaba puesta en la puerta y abrió. En fin, algo creíble y empezó a hacer lo que le mandaban, pero esperaba la oportunidad de ir otra vez hasta la plaza y recorrer los alrededores. ¿Dónde encontrarlo? Entre los árboles más tupidos, en la torre del agua potable ¿No estará escondido en el campanario de la iglesia? Deseaba volver a volar....

Lo que quiero

Miguel Rojas Vilcas llegó hace siete años. Salió de Bolivia en un tren que después de setenta y dos horas de un viaje agotador lo dejó en Buenos Aires, para seguir unas más en ómnibus hacia el interior. Venía con su madre, Vicenta Rojas Vilca y dos hermanos menores, junto a un grupo de gente que, como ellos esperaban alivio a su miseria y una vida mejor en esta tierra prometida: Santa Fe.

Miguel ha crecido. Sus ojos miran entrecerrados a la profesora que al frente del aula habla desde hace largo rato, dice palabras que no se detienen en él..., entiende poco, habla menos, nunca pregunta, sólo con la mirada.

"Como les decía alumnos, el subdesarrollo en Latinoamérica es consecuencia de una política colonialista de los países poderosos que con sus recursos explotan las riquezas naturales de los países pobres y también a sus habitantes. Entonces la dependencia es económica, política y social. Ser conscientes de esa situación es una manera de generar cambios, especialmente esa conciencia debe formar parte de ustedes, los jóvenes que son el futuro y la esperanza. En los países de América del Sur los que más han sufrido esta situación son los aborígenes que..."

Miguel continúa mirándola fijamente, por sus ojos salen siglos de preguntas de su raza aymará. No es amigo de nadie. Va a la escuela para satisfacer a la madre, que pretende que no sea changarín, ni albañil; habiendo estudiado puede llegar a ser como tantos, un empleado de comercio con un sueldo seguro. La piel oscura, los pómulos salientes y el cabello lacio y renegrido se destacan en el curso, aunque también en el curso se destacan los ojos claros y el cabello casi blanco de Glenda...

"... Y entonces tenemos que asumir esta situación, cambiar nuestra actitud, mirar hacia adentro, defender nuestras raíces, las culturas autóctonas, revalorar los recursos humanos y materiales de nuestra tierra americana porque así lograremos..."

Miguel cierra los ojos, viaja a vivir su paisaje, a sufrir ese suelo tan pobre para los cultivos que esconde en sus entrañas tantos minerales, a soportar el rigor del clima y sus contrastes, a revivir la altura impresionante que notó recién cuando llegó a Santa fe, a ver los rostros de sus hermanos de raza. ¡Cómo le

gusta caminar con todos yendo de un pueblito a otro pisando con paso lento y cansino esa tierra suya que le penetra hasta las últimas fibras...!

"Hoy urge escuchar la voz del aborigen, reivindicarlo socialmente, porque si bien es una obligación de los gobiernos también lo es de cada uno de nosotros. Debemos respetarles sus costumbres y creencias y darles la posibilidad de que las desarrollen en la propia tierra en que vivieron sus antepasados..."

Miguel está en su pueblo, cerca de Tarija, por ahora se apagó del todo la voz de la profesora. Allí sí se está bien, se puede sembrar maíz o papas, hacer changas en alguna empresa. Quizás no gane mejor que en las quintas de Santa Fe, pero allí están los suyos, allí está su padre. La última vez que lo vio fue un día en que un señor rubio y de anteojos oscuros pasó con una camioneta llena de inscripciones con el nombre de una compañía buscando gente para trabajar en las minas de plata de Potosí; junto a otros subió Eriberto Rojas Vilca. Con los ojos húmedos, Miguel recuerda los tristes e interminables días que siguieron a ése, demasiados para Vicenta, él y sus hermanos, siempre esperando. Cuando la pobreza y el abandono llegaron a un límite insoportable, recibe la mujer una oferta salvadora: unirse a un grupo que venía a la Argentina a un lugar llamado Santa Fe, en el que al parecer se necesitaba mano de obra porque había trabajo y producción abundantes. La relación con el dueño de la tierra era la de ser 'medieros', cosa que aseguraba casa, comida y con suerte algo de dinero.

A siete años de aquello se puede decir que Vicenta está bien porque logró lo que venía a buscar, ahogando hasta olvidar los profundos deseos de estar en su país y con los suyos. De todas maneras conserva como puede usos y costumbres que le ayudan a sobrellevar su destino: todos los domingos y

feriados, peina su larga trenza al costado, carga a los dos hijos más chicos, balancea su pollera ancha y colorida y con el mismo paso largo pero lento que hacía en el altiplano, va casi contenta hacia el club Tarija, en las afueras de la ciudad. De pronto Miguel sacude la cabeza y reacciona.

"...Y después de haberles hablado sobre la realidad de América y sus habitantes, los problemas sociales, económicos y culturales y teniendo en cuenta que el tema se ha tratado en otras asignaturas, quisiera que ahora, ustedes escriban con sus palabras una reflexión, deben entregar el trabajo al finalizar la clase en una hoja con nombre y apellido, por supuesto que tendrá una nota..."

Miguel agrandó los ojos todo lo que pudo y miró a sus compañeros que a la vez lo miraban. Se cruzó con los de Glenda, hermosos e inalcanzables como el mar que jamás vio, fugaz ilusión de algún momento. Tomó la lapicera y la última hoja que le quedaba..."mire profesora, en la quinta gano plata para comer y estudiar, mi mamá dice que está bien y conforme, pero yo quiero volver a mi pueblo, extraño mucho a mi papá, no me interesa seguir en este lugar, no entiendo a esta gente, me miran de reojo. Quiero, señora, ir allá, pisar mi tierra, ir hasta las minas y encontrar a mi papá. Con él voy a estar bien. No me quejo de estos años, ni de la escuela, pero ya voy siendo grande y lo que sé es que quiero estar con lo que quiero, no sé si me entiende. Las pocas veces que hablamos usted me dijo que tenía problemas para expresarme. Le pido disculpas porque creo que esto no es lo que pidió. Ahora mismo voy y le digo a mi mamá...Me voy a Bolivia. Gracias por lo que dijo, mi mamá siempre me dice nunca me olvide de pedir disculpas y dar las gracias, mucho no entendí pero seguramente era algo bueno. Déles un saludo a todos, puede leerles esto también. Llevo el recuerdo de sus muchas palabras, las miradas de mis

compañeros y en mi corazón los ojos azules de Glenda". Miguel Rojas Vilca, boliviano aymará".

Del tomate

Al elegir la mejor semilla híbrida, importada de Estados Unidos, Vicente empezaba el cambio. Esta vez iba a encarar las cosas de una manera diferente. Se había convencido de que tenía que invertir, para ganar hay que invertir. Estaba cansado de que todos los años pasara lo mismo. Sus tomates estaban a punto y listos para cosechar, en el momento en que los demás ya estaban terminando de entregar, el precio había bajado notablemente, empezaban a trabajar con otras verduras y los acopiadores preferían comprar los que venían de Salta, Formosa o Buenos Aires. Por el suyo ni preguntaban, y su cosecha, después de tantas angustias y pérdidas por diversos motivos, prácticamente se tenía que tirar.

Estaba decidido a cambiar, a ponerse a tono con los demás porque la situación había llegado a un límite insoportable. Cambiaba o abandonaba la quinta. Después de elegir esa semilla que tenía un envase lujoso como el de una joya, se hizo asesorar sobre las nuevas técnicas de cultivo en invernaderos, recorrió lugares especializados y compró los materiales necesarios. Debió cambiar máquinas y herramientas por las que se adaptaban al nuevo sistema, otra fuerte inversión. Creyó no haber dejado nada al azar. Ni le quedó nada sin empeñar, se jugaba por entero.

Hizo los almácigos y tuvo la primera satisfacción con el rendimiento de la semilla. Cuando los plantines estuvieron a la altura justa, los transplantó dentro de los invernáculos. Controló los factores ambientales: ventilación y

temperatura. Eligió el sistema "Fog"- el más costoso- que consiste en un aparato que produce niebla y atempera el clima. Colocó el riego por goteo y nutrientes en el porcentaje justo. Pudo controlar las enfermedades que tantas veces le hicieran fracasar toda una cosecha, como la polilla del tomate y la mosca blanca.

Colocó los tutores y veía el progreso de las plantas centímetro a centímetro, como crece sana y se desarrolla cuando todas las condiciones están a favor. Era un milagro, un milagro caro. Diariamente Vicente revisaba, acomodaba las guías y no dejaba de sorprenderse por la abundancia de flores. Estas sucesivas satisfacciones que tenían que ver con los logros del cultivo controlado, le cambiaron el carácter. Reconoce que el haber estado pendiente de las lluvias, el sol, la humedad, las tormentas y los vientos, las heladas, durante tantos años, lo hicieron irritable y pesimista. Cómo no se había decidido antes. Se hubiera ahorrado unas cuantas canas en su cabeza ahora blanca y unas cuantas arrugas aparecidas antes de tiempo, y quizás sus hijos no se hubiesen ido de la quinta. Ahora uno es empleado público y el otro de comercio, tendría que haberlos escuchado cuando le decían que había que cambiar.

Vivió con alegría esos meses, disfrutó del trabajo sin sobresaltos. Pronto las plantas estuvieron cargadas de racimos. El verde lustroso, casi irreal y el olor penetrante y apetitoso del fruto lo reconciliaron con la esperanza y el optimismo. Hasta entonces no había hecho números, pero todo indicaba que las cosas saldrían bien y recuperaría lo empeñado en los bancos para los créditos y tal vez le quedara como para entusiasmar a los hijos con volver y seguir los tres. Al tener la mente tranquila, libre de preocupaciones por el clima, las tormentas o las pestes, Vicente había tenido más tiempo de pensar y llegó

a descubrir que su mayor preocupación era el regreso de los hijos porque todavía estaba a tiempo de hacer algo con ellos. De eso les iba a hablar la próxima vez que los viera, les propondría formar una sociedad, y a trabajar a la par, ponerse a tono con los tiempos modernos en el sistema de producción. Ninguna plata ganada en un empleo se compara con la que se gana sacándole algo a la tierra, y menos en esta forma de trabajo infalible.

Empezó la cosecha, contrató juntadores porque era abundante, los embaladores hicieron su trabajo, alineando la roja y lustrosa fruta y cubriéndola con un celofán. Una presentación insuperable. El rendimiento fue casi del ciento por ciento. Lo que sí mantuvo fue el rito de comerse los primeros, con el gusto natural de la maduración en la planta. Llamó a los hijos para que vieran por fin lo que ellos mismos una vez soñaron y reconoció lo equivocado que había estado.

Llevó la primera carga al mercado, estaba en la cola junto a los productores que años antes se le anticipaban, veía los cajones y orgulloso comparaba con los suyos, de igual o superior calidad. Cuando empezó el movimiento notó que era ignorado, que para la oferta y la demanda él no existía. Se dio cuenta de que algo se le había escapado de las manos. Nadie le informó que debía "colocar" la cosecha antes de tenerla, no había pensado en que, al cambiar los sistemas de producción, cambian también los de comercialización. -Esa es la forma moderna de vender mi amigo - le dijo alguien al pie de un camión. - Usted tiene que ponerse en contacto con los mayoristas de Buenos Aires, ellos compran la producción a un precio que fijan de antemano y así está asegurada la venta de su tomate. Si le sobra lo ofrece a cualquiera al precio del día...por ahí tiene suerte y lo vende mejor...Pero, mi amigo hay que asegurarse. Usted pone la

semilla y vende el tomate al mismo tiempo.

Vicente lo escuchaba con la boca abierta y el corazón batiéndole. Llevó su carga de vuelta a la quinta. Al día siguiente volvió al mercado., pudo vender algo, mientras los juntadores seguían sacando cantidades increíbles de fruta. Dejó de cosechar por la mitad del tiempo de producción de las plantas.

La crisis fue muy grande, cuando al principio dijo que se jugaba todo, era porque estaba seguro de que le iba a ir bien, y no había pensado en lo que ahora debía enfrentar. Hasta buscar adónde vivir, ni la casa ya era suya.

Los hijos fueron a verlo, quisieron llevarlo a la ciudad, tenían la posibilidad de alquilar un departamento en un plan de viviendas. Pero Vicente se pegó a la tierra, se atrincheró en su quinta y no hizo caso a los hijos, ni a los abogados, ni a los jueces, únicamente muerto saldría de allí. Salvo la cama y los muebles indispensables, le sacaron todo lo que se podía llevar, quedaron los galpones y la casa que irían a remate...Con Vicente adentro. Los plazos vencían.

Había escondido debajo de la cama y detrás del ropero unas cuantas herramientas, de las de antes, que envejecieron con él, pero como él, todavía podían servir. Empezó a puntear en el patio de atrás, levantó a pala y rastrillo unos lomos, consiguió semilla, de la común nomás y sembró a la manera de antes. Puso unas cañas para los casillos, cuando llegó el momento, la paja encima, un caño para riego y estaba otra vez en su salsa. Cada tanto llegaba algún auto raro con un señor de traje que quería hacerle firmar papeles, entonces él se hacía el mudo y por señas le decía que no sabía nada, o se hacía el sordo y señalando los oídos daba a entender lo mismo. La última de sus astucias fue hacerse pasar por loco y tirar con cosas a cualquiera que atravesara la tranquera. Los hijos, que seguían paso a paso la situación, lo dejaron hacer

hasta que las cosas llegaron a ese extremo, temían que en realidad enloqueciera.

De pronto se presentó la salvación. El mayor supo que su mutual buscaba un terreno en las afueras de la ciudad para un camping. Hizo los trámites necesarios para que el banco depositario de los bienes de su padre tratara con los encargados y fuera posible la venta de las tierras. Con Vicente adentro.

Así fue como en la zona hubo una quinta menos, la quinta de Vicente que pasó a ser el "Camping de la Mutual". Con algunas mejoras, estuvo habilitado en poco tiempo. No tuvieron necesidad de buscar un cuidador porque ahí se quedó él, diciendo que ésa era su tierra y se las prestaba a esa gente que tenía adónde hacer picnic. Como sus tomates estuvieron a punto en diciembre, cuando se inauguró la temporada, regaló a los socios algunos kilos de una fruta de primera que había logrado con herramientas elementales y su sabiduría de siempre, pero fue una estrategia. Con esa promoción, se aseguró la venta de su cosecha para esa temporada. No, a él no lo embromaban más.

El viaje

Llegó justo a tiempo, ya venía el ómnibus que toma todos los días para volver a su casa, no muy lejos, pero ya fuera de la ciudad, camino a Recreo. Subió, era el único en esa parada. Había asientos desocupados, pudo sentarse y por fin relajarse después de una mañana brava en la escuela, con Geometría Descriptiva, Matemática y prueba de Resistencia de Materiales, no daba más. Acomodó la regla T y puso las carpetas en el asiento de al lado, reservado para la chica que a veces sube en la avenida en ese horario, le gusta charlar con ella,

parece interesante, diferente a las demás...Pero no, pasada la esquina esperada retiró resignado las carpetas como para que se siente cualquiera y apoyó la cabeza en el vidrio. Era un mediodía agradable, el sol daba de lleno contra la ventanilla y bañaba su cara, en principio causándole placer porque afuera estaba fresco, pero pasado un rato ya era molesto y hasta empezó a fastidiarle el calor. Había tenido una mala noche, un poco de congestión, muy común en él durante el invierno, una lámina interminable y las temas de la prueba se complotaron para no dejarlo descansar con un sueño tranquilo, se despertaba a cada rato, daba vueltas sobresaltado.

Trató de acomodar la cortina para apoyar la cabeza y disponerse a dormir en esa media hora de viaje....

- Hola. ¿Qué hacés?

Sintió que le hablaban. A su lado se había sentado un chico algo extraño, le parecía haberlo visto, pero no se daba cuenta exactamente cuándo ni dónde. Con pocas ganas le contestó el saludo, dándole a entender que quería dormir...

- Hola.

- Me parece que no te acordás de mí. Nos vimos varias veces en Recreo. Soy Miguel.

- Ah, sí... Me acuerdo- Le contestó como para terminar la conversación.

- Este ómnibus siempre lleno, ¿no?, siempre despacio, siempre aburrido, siempre la misma gente. Lástima que hoy no subió la flaca que te gusta...

Gustavo lo miró de reojo y serio. - Qué pesado - pensó. Pero a la vez le extrañó el comentario. Quiso acomodarse otra vez para dormir cuando lo sobresaltó una nueva pregunta.

- ¿Cómo anda la restauración de ese auto antiguo?

Eso era el colmo. ¿Cómo sabía tanto, si estaba seguro de que no lo había visto nunca?

- Es difícil restaurar un auto así - continuó Miguel demostrando que hablaba de algo conocido- pero al que le gusta no le importa el tiempo que demore en hacerlo, porque siempre lo tiene terminado en su cabeza aunque en la realidad sea un montón de fierros viejos.

- ¿Y a vos te gustan los fierros? - preguntó Gustavo que se había entusiasmado con la conversación. Ya no le pareció molesto ni pesado.

- Me encantan como a vos. Me gustan los autos desde las gomas hasta el techo, desde el ruido sereno de un motor regulando hasta el bramido histérico de una acelerada a fondo, desde la brisa que deja cuando pasa hasta el olor de los gases quemados. Pero como a vos y tu viejo, me gustan los autos de antes, sobre todo los de carrera.

Mientras el colectivo seguía su recorrido, la gente se mecía al compás de los pozos y saltos, ya estaban fuera de la ciudad, sobre la ruta que de pronto se hizo muy angosta. Gustavo veía sin comprender cómo a los costados aparecía una hilera de álamos altos y rectos. Con su sombra aliviaron los efectos del sol que había hecho caer unas gotas de sudor en el rostro de ambos. La ventanilla panorámica, ya no lo era, porque el ómnibus se convirtió de pronto en el Reo, el antiguo coche que hiciera el trayecto por los años cincuenta. Por la redondeada ventana veían ahora lo pocos autos que iban y venían.

-Mirá, ése es un Ford. Y fijate, ahora la policía tiene esas motos con sydecar.

Gustavo observaba fascinado. Las marcas y los modelos que lo desvelaron

estaban ante sí, en su presente, desafiando el tiempo. Lo deslumbraron las formas redondeadas, el predominio de colores oscuros, las chapas sólidas con partes cromadas o de bronce y la típica figura alada de níquel en la punta de un capot. Los modelos descapotables y cuadrados de Chevrolet, la larga cola de los Hudson, el asiento divertido en el baúl de la voituré. Todos pasaban ante sus ojos, en el tranquilo movimiento de la ruta por esos años. Los pasajeros que iban subiendo, no tantos, pedían boletos hasta el Rancho Grande, la esquina de Mauro, el Asilo de Ancianos, el Empalme. Gustavo reconoció esos nombres por haberlos leído en un libro sobre el centenario del pueblo. Le llamó la atención el chofer uniformado y un señor al que le llamaban guarda, los dos con guardapolvo y gorra gris.

- Fijate - decía Miguel para que su amigo no dejase de observar ningún detalle, pero advirtiéndole que esto era lo más importante - Estamos llegando al empalme. Ahí fue el accidente. ¿Supiste lo del accidente del corredor? Un flor de tipo, era de Junín, provincia de Buenos Aires, y acá terminaron definitivamente sus carreras. Venía por la ruta setenta y al doblar para tomar la once y seguir hacia Santa Fe, se estrelló contra una columna de hormigón armado de la línea de alta tensión, dicen que venía muy fuerte. El dueño de la estación de servicios que está enfrente agotó el matafuegos, porque el auto empezó a incendiarse. Controló la situación, pero el piloto no se salvó.

El ómnibus se acercaba al lugar, había unos cuantos curiosos que miraban la huellas dejadas por el Chevrolet negro de Eusebio Marsilla que compitió en la Vuelta de Santa Fe, y que poco antes había sido retirado. Los dos muchachos se acercaron al conductor y le pidieron que parara un momento. Se bajaron todos, pudieron ver de cerca la columna partida al medio y los rastros de un violento impacto. Gustavo pisó algo, se agachó y lo recogió. Era la tapa del

radiador, la guardó en el bolsillo de su campera. Cuando el chofer del colectivo creyó que ya era suficiente, apuró a los pasajeros para seguir viaje.

Otra vez rumbo al pueblo, se reanudó la monotonía y el ronroneo del Reo. Paró dos veces más y avisó que dejaba la ruta y entraba en la calle principal. Con dificultad tomó la avenida de tierra, pasó el camioncito del sodero y el carro del lechero. Los pocos que quedaban arriba ya se preparaban para bajar. Al doblar la esquina de la plaza, los dos únicos viajeros eran Gustavo y Miguel.

-Contame algo más de vos, porque te digo la verdad, te veo cara conocida, pero no sé quién sos. Te dije que te conocía, pero sinceramente, no sé... ¿Dónde vivís?

- Soy de acá, pero no soy de acá. Ya me vas a entender. Vivo frente a la plaza, donde suenan las campanas. Me conocen como el guardián. Vení a visitarme, me gustó charlar con vos.

Gustavo quedó confundido cuando vio que Miguel trasponía las puertas de la iglesia, a esa hora cerrada, y más aún cuando pudo verle dos alas en la espalda. Se daba cuenta de que tenía la boca abierta pero su estado no le permitía hacer ningún movimiento, apenas respirar.

- ¡Eh flaco, me parece que te pasaste! ¿Vos no bajás en Campo Crespo, bah, Recreo Sur como le dicen ahora?

Un sacudón en el hombro lo hizo reaccionar. El ómnibus se encontraba en la parada, a punto de salir al recorrido inverso. Miró a través de la ventanilla y se pasó la mano por la cara, notó que la cortina le había dejado marcas, como las sábanas después de un sueño profundo.

-Ah, sí. Creo que me dormí. Le voy a pagar otra vez.

- No dejá. Es un premio por poder dormir en semejante infierno. Porque la verdad es que este horario es de terror. Los empleados de comercio, los chicos de las escuelas, la gente de los hospitales, los muchachos de la fábrica, todos se ponen de acuerdo para salir juntos...y encima el tránsito que te enloquece, todos están apurados, nadie respeta nada. No me explico cómo hay gente que se pueda dormir acá.

Al llegar a la casa, tuvo que explicar el porqué de la demora. A pesar de que había pasado un buen rato, deseaba que le durara esa sensación tan grata como extraña. Se encerró en su dormitorio y se tiró en la cama. Sintió algo pesado entre la ropa. Puso la mano en el bolsillo y sacó la tapa del radiador de aquel auto del corredor que hasta entonces para él había sido un nombre y un monolito y con el que soñó en el viaje. Se sentó rápidamente. Esa confusión de antes, ahora era perplejidad. Recordó las palabras "soy de acá y no soy de acá". Sin saber qué hacer ni como contarlo, decidió guardarlo y reservarse ese misterio para evitar burlas. Pero seguiría buscando una respuesta, aunque ya no sabía si en el mundo real o en el de los sueños.

Susana Persello

Diseño de tapa

Santiago Persello

Hecho el depósito que proviene e la Ley 11723

Abril de 1998-

SIGNOS- IMPRENTA OFFSET

Belgrano 1590

Esperanza

Pcia. de Santa fe